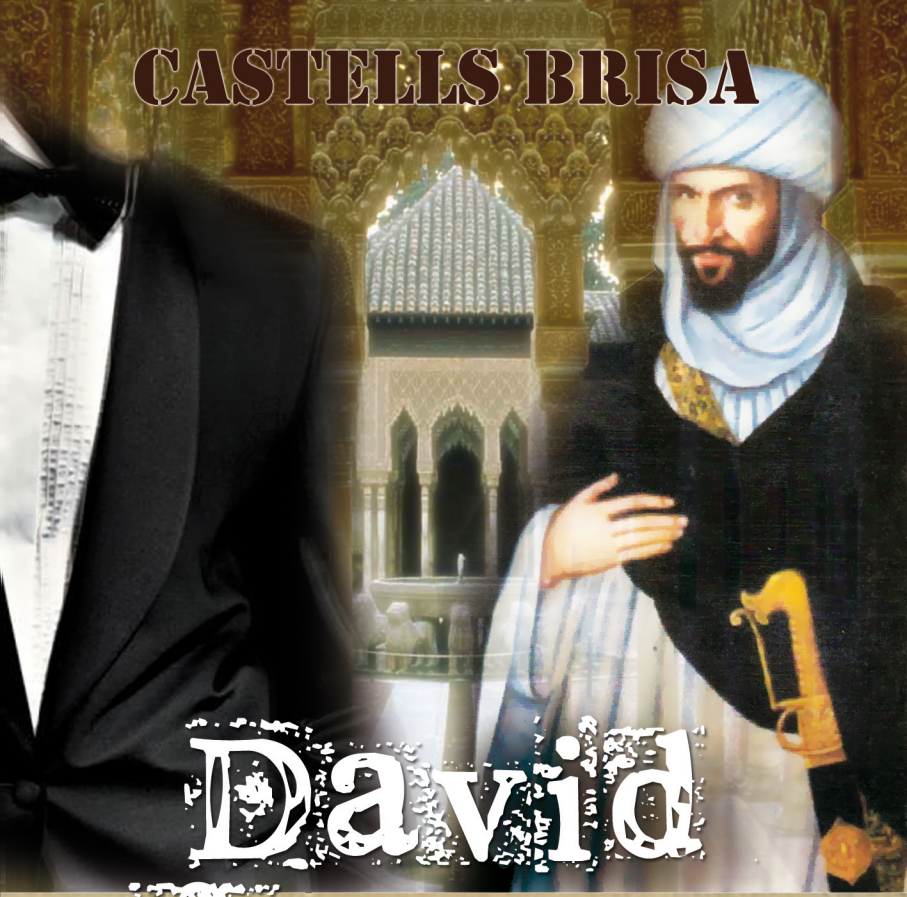
CASTELLS BRISA



David Monnet

El Embajador

Miquel Castells Brisa

DAVID MONNET EN...
EL EMBAJADOR

nº 9

Vision Libros

© Obra: David Monnet IX. El embajador

© 2011 Colección David Monnet

Primera edición: Abril, 2012

© Autor: Miquel Castells Brisa

ISBN: 978-84-9011-220-5

© Editado por VISION LIBROS www.visionlibros.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

Los personajes protagonistas de esta historia són fruto de la imaginación del autor, cuyas aventuras transcurren, eso sí, en un marco histórico real. Cualquier parecido con la realidad será pura coincidencia.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

Dedicado a Meritxell Borrat Muxach

DAVID MONNET

Experto investigador de temas históricos. Hombre de cuarenta años, de metro ochenta y dos centímetros de altura, moreno, pero con abundantes cabellos blancos. Divorciado hace diez años de una mujer de su misma profesión —historiadora—, que no comparte los métodos de trabajo que tanto entusiasman a su marido. Así como ella gusta de realizarlo metida en su estudio y es ordenada, si cabe, en exceso, él no soporta estar encerrado y prefiere investigar sobre el terreno.

Tiene un aire bohemio y desordenado. Entusiasta y algo fantasioso que, sin embargo, sabe, si la ocasión lo requiere, convertirse en un personaje altamente refinado. Tiene fama



bien merecida de mujeriego. Amante de la buena mesa y entendido en vinos. Disfruta, cuando tiene ocasión, de una buena partida de poker.

Su principal virtud es su intuición fuera de lo normal, que le permite ser una autoridad en su profesión, circunstancia que le ha proporcionado numerosos reconocimientos por su valía.

Acostumbra a ir por libre y ofrecer el fruto de sus conocimientos a universidades y organismos oficiales, aunque no oculta a nadie su discrepancia con todo lo que hace referencia a cualquier tipo de religión. Sus principales clientes suelen ser los mismos estamentos religiosos que valoran más su talento que sus creencias.

La amistad con un monje de La Santé, que regenta un gran centro de información y archivos de la iglesia católica, hace que éste le proporcione numerosos trabajos de diferente índole que le obligan a viajar a los lugares más recónditos del mundo y pasar por trepidantes aventuras repletas de peligros.

Nacido en Barcelona, hijo de padres comerciantes, ha cursado estudios de historia en diferentes universidades europeas y norteamericanas, siendo considerado el número uno en su materia.

Fruto de sus elevados honorarios, posee un castillo y unos viñedos en la Bretagne, donde elabora unos vinos de gran prestigio, al frente de los cuales y, llevando el negocio de sus bodegas, se encuentra Michelle, una joven mujer con la que tiene algo más que un trato laboral.

INTRODUCCIÓN

Inglaterra, siglo XVI.

La reina Isabel I y el embajador de Marruecos Abd Ouahed ben el Messnad, en nombre de su líder, ultimaron un tratado de alianza anglo-marroquí con el fin de atacar a las fuerzas españolas de Felipe II y apoderarse de España. Entre muchos de los apartados que se negociaron, estaba la exportación, por parte inglesa, de madera de calidad naval a Marruecos a cambio de salitre, ingrediente indispensable para la fabricación de la pólvora. También lo fue la venta de tejidos y de armas de fuego, aunque, según se cree, en esta

ocasión, los ingleses exigieron el pago de ello en oro.

Las arcas del líder marroquí, debido a su constante derroche en la construcción de palacios y a su ostentosa vida real, estaban vacías. Así que, atraído por el comercio de oro que existía a través del Sahara proveniente del imperio Songhai —uno de los más grandes de la historia de África—, situado al Este de Malí, mandó un ejército que, pese a estar en inferioridad numérica, pero merced a la fuerza de sus armas, conquistó y saqueó las ciudades de Tombuctú y Djenné, volviendo con una gran cantidad del dorado metal.

Meses después, de un puerto de la costa marroquí, partía un bajel cargado con cuatro cofres repletos de monedas de oro en dirección a Inglaterra, pero jamás llegaría a su destino. Según una leyenda, hubo un espía que alertó de su existencia a Rodríguez Arjona, el corsario granadino también llamado *"Cachalote",* que le abordó antes de que cruzara el Estrecho de Gibraltar, haciéndose con su valiosa carga. Sin embargo, del *"Cormorán" (*nombre del barco pirata), de su tripulación y de su contenido, nunca volvió a saberse nada

más; a pesar de haberse realizado grandes esfuerzos por parte de buscadores de tesoros provenientes de todos los lugares del planeta.

CAPÍTULO 1

Me encontraba en Barcelona. Había acudido a la demanda de Laura, mi ex-mujer, de la que llevaba separado más de diez años. La conversación que tuvimos la tarde anterior había sido dramática; tenía miedo, creía que la querían matar, como según ella, ya habían hecho con su actual marido. Su llamada me cogió en el aeropuerto Charles de Gaulle de París mientras esperaba a Michelle, que volvía de Pekín, y allí mismo compré el billete del vuelo de la British que partía a las siete y media de la mañana con destino a la ciudad condal, pero, lamentablemente, llegué demasiado tarde. Cuando el taxi que

tomé al salir del aeropuerto se detenía frente al hotel donde Laura me esperaba, había tres vehículos de la policía y una ambulancia. Temiendo lo peor, salí corriendo del coche, pero, antes de poder entrar al vestíbulo, un miembro de la policía me lo impidió.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Me contestó que había muerto una mujer, pero no quiso darme el nombre, a pesar de mi insistencia. Entonces, otro policía vestido de paisano que había oído la conversación, se acercó a mí y se presentó de forma educada. Era el capitán Asensio del departamento de homicidios. Instado por él, subí y, ante mi pesar, reconocí el cadáver. Desgraciadamente, se trataba de Laura. El médico forense, en espera de lo que dictaminase la autopsia, se atrevió a adelantar un primer diagnóstico de la causa de su muerte. Según sus propias palabras, había resbalado en el baño y se había golpeado la cabeza en la bañera; consecuencia de lo cual, se rompió el cuello, falleciendo en el acto. Todo parecía indicar que se trataba de un accidente, pero la movilización de la policía indicaba otra cosa. Inicialmente, fui sometido a un escueto y rápido interro-

gatorio por parte del capitán Asensio, siendo emplazado por él a continuarlo en la comisaría, si el oficial lo creyese oportuno.

En el espacio de tiempo que permanecí en solitario dentro de la habitación, la registré de la mejor manera que pude con la intención de obtener alguna pista que Laura me hubiera dejado, encontrando un juego de llaves debajo de la mesa del escritorio y un sobre de color garbanzo que, casualmente, descubrí cuando, cerrando la puerta del armario, observé que un vértice del mismo sobresalía del estante superior. Me guardé ambas cosas en el bolsillo y me marché al apartamento que tengo en Barcelona.

Al llegar, me faltó tiempo para abrir el sobre y ver su contenido. Una carta doblada y un CD dentro de un estuche de plástico, fue lo que hallé en su interior. Me senté en un sillón del estudio y me puse a leer.

"Si llegas a encontrar esta carta, es que me ha ocurrido algo. Conociendo tu astucia, estoy segura de que estará en tus manos, y si no es así, que sea lo que Dios quiera. Verás que adjunto un CD, probablemente el causante de mi desgracia. Te

pido, ¡no! ¡Te suplico!, que si muero, cuides de mi hijo Saúl. Ya sé que para ti será una sorpresa, porque nunca te dije nada de su existencia. A los dos años de separarnos, conocí a un profesor de arqueología de mi universidad llamado Germán Orozco y nos enamoramos. Fruto de ello, nació nuestro hijo. Durante todo este tiempo hemos formado una pareja feliz, pero desde hace un par de meses, a mi compañero le salió un trabajo relacionado con su profesión y se marchó a Granada. Según sus palabras, podía ganar una fortuna en pocos días, pero tenía que ser muy discreto. Intenté varias veces que me dijera de qué se trataba, pero se negó a contármelo. Pasaron semanas sin saber de él, hasta que me notificaron que había muerto en un extraño accidente de carretera. Según dijeron, se salió de una curva cayéndose por un acantilado mientras conducía borracho; lo que era en extremo raro, si tenemos en cuenta que jamás bebía alcohol. En el cementerio, el día que lo enterramos, observé que un hombre alto y fuerte con la cara llena de marcas, como si hubieran sido producidas por la viruela, me observaba continuamente. No recordaba haberle visto nunca, y su aspecto no me gustó nada. Ayer por la mañana, el cartero me entregó un paquete certificado que Germán me había enviado el mismo día que sufrió el accidente. Firmé